

vuestro José Joaquín Mora, sino famoso por grandes talentos militares, que no había tenido oportunidad de cultivar, lució condiciones distinguidísimas de inteligencia y de carácter, capaces de llevarlo con prestigio y conservarlo desde su nombramiento hasta los últimos días de la guerra, al frente de todo el ejército centroamericano; que vuestro Presidente de entonces, el ínclito don Juan Rafael Mora, se destaca en medio de la crisis como símbolo perfecto de aquella democracia purísima, como centinela desvelado de la Patria, como guardador integérrimo de la confianza en él por vuestro pueblo depositada; que fué símbolo cabal de aquella Costa Rica sufrida, resuelta, heroica, generosa, que si ni en aquella época ni ahora gusta de arrebatos líricos para expresar la fraternidad centroamericana, dió en aquel momento extraordinario, testimonios bien elocuentes de sentirla...

En 1911, hace de esto ya diez años, una sentencia del Tribunal de Casación, del cual el Maestro era parte, acarrió a aquellos honorables jueces una acusación ante el Congreso, a la cual éste le negó el pase, no sin que en las discusiones previas alguien calificara el fallo de ilegal. El Maestro, después de defenderse con altivez, presentó la renuncia de su cargo que el Congreso no aceptó, elevando entonces también la de sus cátedras en la Escuela de Derecho y anunciando a sus amigos la resolución de abandonar el país. Fueron vanas todas las argumentaciones y ruegos que se le hicieron en contrario. La misma Cámara votó un decreto reconociendo «sus valiosos servicios prestados al país» y asignándole al propio tiempo la suma de cuatrocientos colones mensuales mientras residiera en Costa Rica, pero él quería irse y a pesar de todo se iría.

La despedida que la capital, porque fué la capital, le hizo, resultó verdaderamente imponente, y el Maestro se fué, acaso para siempre...

Ya para concluir, deseo hacer presente que el brioso revolucionario, que tiene puesto de honor entre los patricios de la nacionalidad cubana, cultivó después de la pelea los más nobles sentimientos de amor a nuestra común madre España, a quien mucho antes de la fecha memorable a la cual se retrotrae este homenaje, que todos celebramos con regocijo, que no entraña odio a ella, volvimos los ojos cariñosos para recordar, que es España una prolongación de nuestra América y algo en consecuencia que forma parte de nuestra propia historia.

Zambrana lo dijo con su proverbial elocuencia cuando en ocasión del centenario del Quijote, se reconcentró por un instante para dirigirle aquella

memorable oración: «Oh España, nación de héroes, nación de mártires, nación de paladines, nación de idealismos sacros: nación tanto de soldados como de poetas invencibles; en este rincón humilde del mundo que tu audacia sacó de las tinieblas estos tus hijos respetuosos al recordar el nombre que basta para hacerle igual a las más altas de las naciones cultas, como los nombres de Lepanto y Zaragoza bastan para hacerle igual a las más bravas, se inclinan ante tu nombre, besan con el pensamiento tu bandera y la tremolan enorgullecidos, sin abandonar la suya, como símbolo de honor limpio, de gallardía de empeño y como cubierta y envoltura del libro imperecedero en que si el ingenioso hidalgo en algún modo te simboliza es porque recuerda la fe y el brío con que has pugnado, estando en ocasiones memorables dispuesta a abrirte las venas por lo que nace hermoso, lo mismo la vida que la muerte, la devoción a lo ideal, ya hagan retroceder tus hijos al Africa que se venía sobre Europa, ya sujeten con clavos de oro tus orado-

res y tus poetas la atención y el respeto de la Historia, ya domes tus navegantes y tus soldados la rebelde espada del Atlántico para colocar sobre la cumbre de los Andes la Cruz del Nazareno».

SEÑORES: Honrar la memoria del doctor Zambrana, como lo hacemos ahora, es enaltecer a la República, es pagar una deuda de gratitud y de amor que Costa Rica tiene contraída con él, es llevar a su cabeza cubierta con las nieves de las altas cimas un poco de calor, y a su corazón razonablemente dolorido el rocío de una alborada que deje caer sobre él las flores policromas y olorosas de los jardines prodigiosos de nuestra fecunda tierra tropical, que él se empeñó en hacer suya, pues hartó sabía que era generosa el alma de sus hijos y siempre tendrían una arpa eólica para entonar un himno al viejo cóndor que en su vuelo luminoso a través de los Andes, fué heraldo de progreso, lucha y libertad.

He dicho.

(Envío del Autor).

AL ENTREGAR EL RETRATO DEL DR. ZAMBRANA A LA ESCUELA DE DERECHO

POR ROMULO TOVAR

Los que fueron discípulos del doctor Zambrana quieren que su retrato figure al lado de los de don Salvador Jiménez, don José María Castro y don Mauro Fernández, todos ellos servidores leales y buenos de esta Facultad.

El Dr. Zambrana fué aquí un maestro. De cuantos oficios ejerció en la vida, éste puso una aureola de nobleza sobre su nombre. Yo no sé si él se enorgullecía de ello. Creo que sí, porque de todo lo excelente con que adornó su vida, él siempre tuvo soberano orgullo de hombre. En sus días afortunados había alcanzado grandes triunfos: recordaba con vanidad infantil las muchedumbres que escucharon su palabra y de seguro que sentía íntima complacencia en haber escrito su *Mentira Griega* o su capítulo sobre San Francisco de Asís. Pero no pudo cumplir de una manera más ejemplar sus destinos que haciendo el hermoso oficio de enseñar.

El maestro sigue siendo el símbolo consolador de la sociedad humana. Aquí o donde quiera que esté, por humilde que sea su posición, es el que forma la levadura del espíritu de justicia con que ha de sustentarse el corazón del hombre. Donde todo se amarga, él se constituye en guardián de una esperanza en que algo mejor ha de venir; donde todo se debilita, él es el fuerte. Como el barco árabe, es el que anuncia

la aurora a quienes van perdidos en las tinieblas de sus destinos.

Zambrana hizo esto conforme a su propia virtud, tanto en la sobriedad de sus lecciones, como en su culto por la belleza, como en su fe en la república. Y a ello unió la ventaja de ser un hombre de la libertad. Creía en el progreso de la vida y en que la sociedad por impulso íntimo tiende a su perfeccionamiento, cualquiera que sean sus caídas en el tiempo, sus desfallecimientos o sus dudas.

Tal vez podría decirse que no se ve bien lo que enseñó; pero es necesario concederle que fué maestro en hacerse sentir y que por ello penetró más profundamente en la conciencia plástica de sus discípulos. Serán fieles a su obra aquellos que crean que la humanidad es la materia del progreso, que la conciencia del hombre es un reflejo de la conciencia universal y que el Bien—que resume toda la virtud de la vida, es una condición natural del universo.

Además poseyó heroicamente una virtud varonil y fué la de la integridad del espíritu. No se orientó mal en su existencia, porque creyó siempre en muchas cosas que pasan por ser entre los hombres de un interés superior y lo hizo con fe iluminada y combativa: en la piedad y en la justicia, en la razón y en la poesía y en las secretas fuerzas